

Consecuencias nutricionales del "ajuste" en América Latina y el Caribe *

José Carlos Escudero **

En América Latina y el Caribe, como en todos lados, el hambre es fundamentalmente un problema político. La producción de alimentos en la región sobra para satisfacer las necesidades humanas, se sabe cómo atesorar y transportar eficientemente el alimento, se conoce cómo diagnosticar y tratar económica y rápidamente la desnutrición. El hambre es consecuencia de la forma en que se distribuye un alimento que es de por sí abundante, y esto es un hecho político.

El diferencial de poder adquisitivo entre el 20 % más rico y el restante 80 % de la población mundial es hoy el más grande en la historia de la humanidad. Al interior de los países, especialmente en América Latina y el Caribe, el diferencial de ingresos entre ricos y pobres ha aumentado significativamente en las últimas dos décadas. Al ser el alimento una mercancía, que se distribuye en función de la capacidad de compra de la población y no de sus necesidades biológicas, las consecuencias nutricionales de la pobreza son obvias. Los ricos del mundo tienen la capacidad elástica de consumir kiwis chilenos, frutillas de Jamaica, cocaína de alta calidad de Colombia, pescado peruano (mediatizado ineficientemente en forma de alimentos balanceados en el forraje), carne de Honduras y paltas de la Argentina, a la vez que la situación nutricional de los más pobres en todos estos países continúa deteriorándose. De hecho, la principal preocupación con respecto al alimento por parte de la población rica en todas partes consiste en tener el miedo a consumir cantidades excesivas de alimento.

Si tuviéramos una información adecuada sobre la vigencia de la desnutrición en América Latina y el Caribe, dispondríamos de argumentos irrefutables para denunciar un orden social injusto, responsable de una cantidad inmensa de sufrimiento humano. El hecho que haya poca información sobre desnutrición,

y que su calidad sea despareja, también tiene una explicación política. Disponer de información poca y mala parece hoy una paradoja, cuando hemos llegado a saber tanto sobre la forma de medir la desnutrición presente o pasada. Sin embargo, un conocimiento cuantificable y demasiado explícito sobre el hambre y la desnutrición tendría un efecto desestabilizador en una crisis como la actual, en la que escasea la legitimidad de los diferentes gobiernos del continente.

No se necesita una conspiración para silenciar las mediciones o los análisis del hambre. Se requiere tan sólo una combinación de los intereses de largo plazo de los gobiernos y el sistema financiero mundial; los intereses de corto plazo de las instituciones de investigación, tan sensibles a las fuentes de su financiamiento; y el interés de sobrevivencia cotidiano de una legión de investigadores sociales que nunca están lejos del desempleo o de medidas aún más duras en tiempos de represión política. Por añadidura, ante la reducción de la cobertura de los sistemas públicos de salud (por los recortes presupuestarios, porque dejan de ser gratuitos, inclusive por el aumento del transporte público), el perfil de morbilidad registrado en ellos está sesgado en contra de los desnutridos que, tautológicamente, son los más pobres de la población. Por otro lado la profesión médica sigue viendo a los fenómenos de enfermedad como causados principalmente por microorganismos, mientras que un eje alternativo de análisis colocaría a la desnutrición al inicio del proceso de enfermedad, cuya siguiente manifestación sería una tuberculosis, una diarrea, una parasitosis, y muchas otras enfermedades.

El fenómeno del hambre en América Latina y el Caribe se exacerbó con la invasión europea a partir de 1492, que desestructuró a los grandes imperios agrícolas, donde vivía el 90 % de la población. El

* Traducción ligeramente modificada de «The Hungry Body Politic: Structural Adjustment in Latin America». *Capitalism, Nature, Socialism* Vol. 5, Nº 18, junio de 1994, Guilford Publications, Estados Unidos.

** Investigador del CONICET. Profesor en la Universidad Nacional de Luján.

nivel nutricional de sus poblaciones era probablemente superior al de los invasores europeos, por una combinación de causas: el alimento se producía y distribuía bajo criterios de reciprocidad o entable; los sistemas agrícolas eran notablemente eficientes, utilizando técnicas de cultivos complementarios, de terrazas y regadío, de control biológico de plagas, que llenan de admiración retrospectiva a los ecologistas agrarios de hoy, preocupados por el carácter contaminante, depredador y cortoplacista de la moderna agricultura. El gran tamaño corporal de los nativos americanos —indicador cada vez más usado en estudio históricos de nutrición— era de observación permanente por los primeros cronistas de la invasión, y la demografía histórica ha determinado que las densidades de población eran superiores a las de áreas correspondientes en Europa. La invasión europea cambió todo esto. Una agricultura sofisticada fue reemplazada por otra, más primitiva y diseñada para satisfacer las necesidades de un puñado de invasores. Las consecuencias de la invasión —la difusión de nuevos microorganismos, la introducción de mamíferos de gran tamaño que convierten la energía fotosintética mucho menos eficientemente que las plantas, los diversos genocidios, la explotación de trabajadores, la asignación mercantil de alimento— disminuyeron la población americana a un décimo de su tamaño original. Magnificando el impacto, una América vaciada de trabajadores autóctonos tuvo que ser llenada por trabajadores africanos esclavos, en una transferencia masiva y compulsiva de población que agregó por lo menos diez millones de muertes al total, y bloqueó la evolución histórica de África.

Las consecuencias de largo plazo de la invasión fueron la subordinación de América Latina y el Caribe a intereses extrarregionales, que la integraron a un mercado mundial por medio de una red de comunicaciones, instituciones y puertos. En las plantaciones, esclavos de origen africano cultivaban lo que el centro del mercado demandaba, con consecuencias nutricionales a veces curiosas, como la epidemia de caries dentarias que acompañó al aumento de azúcar en la dieta europea. De cualquier forma, la agricultura de subsistencia para la población local debió subordinarse a las demandas del mercado: cochinillas, bananas, ananás, café, carne para hamburguesas, kiwis, orquídeas, coca. Las consecuencias nutricionales de todo esto fueron y son perjudiciales.

Los países en el extremo sur de la región — Argentina, Paraguay, Uruguay, el sur de Brasil— muestran, quizás más que ninguna otra parte del mundo, que el hambre es en gran parte una construcción social. Un altísimo porcentaje de las calorías producidas en estos países se exporta, mientras que la desnutrición tiene una alta prevalencia, y hay un gran número de muertes debidas a su combinación con enfermedades infecciosas o parasitarias. Este es el precio que se paga por una organización planetaria que otorga una baja prioridad a la satisfacción de las necesidades humanas.

En estos días el Norte continúa extrayendo un tributo económico a la Región, que está aumentando el riesgo nutricional de su población. A partir de la década de los sesentas, una sobreoferta de eurodólares en los mercados mundiales —a los que posteriormente se sumaron petrodólares y más tarde narcodólares— que se canalizaron principalmente a través de bancos privados, se tradujo en una gran presión sobre los países de la Región para que aceptaran préstamos. Al mismo tiempo los bancos presionaron al Fondo Monetario Internacional para que flexibilizara los requisitos que los países debían cumplir para contraer deudas. Las presiones para que los países receptores aceptaran los préstamos tenían diferentes orígenes. Los préstamos, en general, servían a las oligarquías de los países; había en muchos casos un mecanismo de coimas agregado a ellos; y, en el caso de Argentina, Chile y Uruguay, los regímenes democráticos que no se endeudaban con suficiente rapidez fueron reemplazados por gobiernos militares que lo hicieron con entusiasmo, luego de golpes militares que recibieron el beneplácito de la comunidad financiera internacional.

Para complicar el panorama, los préstamos tenían una tasa de interés variable, y se contrajeron en un momento en que estas tasas estaban a un nivel bajo. Las políticas fiscales regresivas de Reagan y Bush en los Estados Unidos y su deseo de no aumentar los impuestos a la clase media (los pobres en general no votan en ese país) obligaron a las autoridades fiscales norteamericanas a elevar sus tasas de interés para atraer capitales externos, lo que aumentó estos pagos por parte de los países deudores a veces hasta triplicar los montos iniciales.

Los países de América Latina y el Caribe deben ahora «ajustarse» a una nueva situación mundial, que incluye la consolidación de sus enormes deudas externas en un contexto de creciente proteccionismo por parte de los países centrales. Teóricamente, este «ajuste» podría adoptar muchas formas, que podrían incluir cobrar más impuestos a la población rica, aumentar el papel del Estado para imponer políticas sociales igualitarias, o distribuir el alimento de una forma no mercantil (mediante el racionamiento, subsidios, alimento gratuito a grupos vulnerables, etc.). No se ejecuta ninguna de estas políticas de manera significativa en América Latina y el Caribe por razones políticas, no técnicas.

Ha aparecido un nuevo Estado, calificado «de Malestar», por contraposición al antiguo Estado de Bienestar. Sus características han sido descritas como: que agrava el ciclo económico en vez de suavizarlo, que reduce los gastos sociales, que privatiza los servicios sociales, que utiliza micropolíticas sociales en manos de ONGs antes que macropolíticas en manos del Estado, y que «flexibiliza» (disminuye el costo e inestabiliza) a la fuerza de trabajo. Todo sistema político aumenta su legitimidad si distribuye alimento a sus hambrientos, como lo demuestra abundantemente la historia. El sistema mundial hegemónico hoy parece no considerar esto, lo que merece una

reflexión. ¿Quién se beneficia de esta situación en América Latina y el Caribe donde tanta gente muere por no tener acceso a un bien tan abundante como lo es el alimento?. Puede descartarse la idea que tantas muertes son deseables por tratarse de un corrector malthusiano con respecto al exceso de población con respecto a las necesidades del sistema económico. Más bien, puede avanzarse en la hipótesis que cierto grado de desnutrición y su mortalidad resultante es

necesaria al sistema, y no debe corregirse, por dos razones: ideológicamente, porque toda medida para reducirla significativamente iría en contra del fundamentalismo del Mercado, y es por tanto peligrosa; en términos políticos, porque una alta prevalencia de desnutrición junto con un alto desempleo es un disciplinador de la fuerza de trabajo que tiene empleo regular, porque le muestra el precio que puede terminar pagando si se rebela.